

con concierto y saltando moderadamente, y llegándose ante Don Bartolomé, con las rodillas en tierra, le presentaron sus palmas. Hizo lo mismo cantidad de indiada, que venia en su seguimiento con el general, y todos los españoles, que condujeron con bailes y cantares al palacio del Rey Bohechio, donde estaba aparejada la cena, que era pan de cazabe, utias asadas y cocidas, y infinitos pescados de mar y de rio.

Acabada la cena, llevaron á todos los compañeros del Adelantado á varias posadas, prevenidas de hamacas de algodón, para que se recogiesen. Al dia siguiente, al amanecer, se presentaron dos escuadrones de indios armados con arcos y flechas, desnudos como siempre andaban, y luego que hubieron marchado en orden de batalla y se avistaron, comenzaron á escaramucear al principio, y despues se fueron encendiendo, de modo que, como si fueran verdaderos enemigos, se dieron muy buenos golpes de macanas, sin hacerse mucho daño; bien que en breve tiempo quedaron muchos heridos, y tres ó cuatro muertos.

Acabada esta diversion, presente el Rey, su hermana y Don Bartolomé, dijo el Adelantado á Bohechio tomándole aparte, que mirase que solo él habia quedado de los caciques de la isla que no habia tributado homenaje á los Reyes de Es-

paña, y que podia venir orden de sus Altezas para obligarle á ello por fuerza, y que bien podia conocer por ajena experiencia que no estaba en estado de resistir: que dictaba la prudencia prevenir las funestas consecuencias de una guerra á que se exponia, sometiéndose á pagar de buena gana un tributo que no le habia de empobrecer, y le granjearia la amistad y estimacion del Principe más poderoso del Orbe. Persuadido el cacique Bohechio con este discurso del Adelantado, respondió: que por no cogerse oro en toda su tierra, no podia tributar en esta especie: replicóle el Adelantado, que eran demasiado equitativos los españoles para exigir de él lo que no habia en su tierra, y así convinieron amistosamente en que el cacique habia de tributar cierta cantidad de algodón y de viveres, y se terminó todo con gran sosiego.

Asentadas estas cosas con satisfaccion del cacique y de su hermana, se despidió el Adelantado, y se volvió por tierra á la Isabela, adonde halló que faltaba un todo, y que en su ausencia habian muerto más de trescientos hombres de diversas enfermedades y de miserias: como no venian navios de España, dió orden que se continuase la fábrica de dos navios que se habian empezado, para enviarlos allá por viveres, y acordó entretanto repartir los enfermos por las plazas y

fortalezas que habia desde la Isabela hasta Santo Domingo, y en los pueblos de los indios, que se cansaron bien presto de sus huéspedes; que como decian ellos, á más de ser tan grandes comedores, les hacian en recompensa del hospedaje muchas vejaciones. Se quejaron estos indios á su señor el cacique Guarionex, poniéndole por delante la obligacion que tenia de procurar su libertad y la de todos, y como estaban resueltos á sacudir un yugo que se les hacia cada dia más intolerable, importunaron tanto á este pacifico cacique, quien considerando las fuerzas de los cristianos rehusaba la guerra, á que los defendiese en persona, poniéndose á la frente de sus vasallos, con amenazas de que si se resistia se habian de entregar á otro cacique más valeroso, por donde le forzaron á aceptar la guerra. Tuvo aviso al Adelantado, que habia fijado su mansion en Santo Domingo, de esta rebelion, en que como veremos despues, tuvieron gran parte los castellanos; y conociendo que no convenia dar tiempo á este cacique para aumentar el número de su ejército, ni á los demás para seguir su ejemplo, marchó contra él con la mayor brevedad; y habiendo encontrado á Guarionex á la cabeza de quince mil indios, dió en ellos de repente á media noche, y despues de haberles matado mucha gente, hicieron prisionero Guarionex y á varios caciques infe-

riores; y habiendo justiciado á los principales movedores de la guerra, apiadado D. Bartolomé, y conociendo la mansedumbre de Guarionex, le dejó irse libre á sus Estados, condescendiendo al ruego de sus vasallos, que pedian su libertad. Bien sabia el Adelantado que los castellanos habian movido esta guerra, y le pareció conveniente disimular por entónces tanta traicion, que disculpaba en mucho el atentado de Guarionex, por donde creyó que era injusticia tratar á este Príncipe con tanto rigor. Castigó entónces D. Bartolomé un delito en que habian incurrido los vasallos de este Rey, despues de haberse apaciguado la isla que estaba conmovida con la rebelion de este cacique.

Como el Almirante D. Cristóbal Colon, deseoso siempre del mayor incremento de la santa fe católica en sus descubrimientos, miraba en aquellos principios por todo lo que le parecia más á propósito para la conversion de los indios, al paso que los iba sujetando á la Corona de Castilla, arbitró una de las cosas mas provechosas que fué procurar con mucho cuidado, que así sacerdotes como legos, aprendiesen la lengua de los indios; y advirtiendo entre otras lenguas muy particulares y dificultosas que hablaban algunas naciones, como comunmente sucede en aquellas partes, que casi todos entendian generalmente una, que era la cortesana que se hablaba en los estados

del cacique Guarionex, mandó á Fr. Roman, ermitaño de San Gerónimo, y á Fr. Juan Borgoñon, de la Orden de nuestro padre San Francisco, que fuesen á estar con Guarionex, para que la aprehendiesen. Fr. Roman habia estado en la provincia de la Magdalena bastante tiempo, y llegó á saber muy bien la lengua marolis, que era un dialecto propio de aquel país; motivo porque representó al Almirante que le diese licencia para llevar consigo algun indio de los de Huhuici, que despues fueron cristianos y sabian ambas lenguas. Se le concedió que llevase consigo á quien quisiese, y Dios le deparó un buen indio, llamado Juay Cabana, muy práctico en la lengua, que despues fué muy buen cristiano y se llamó Juan. El padre Fr. Juan Borgoñon, que fué uno de los primeros religiosos de nuestra Orden que entró en la isla, y por su notabilísimo celo fué proporcionado por misionero del gran reino de Magua en la misma isla, el año de mil cuatrocientos noventa y tres, donde como tengo dicho, con otros de nuestra religion trabajó con grande espíritu en la instruccion de aquellos gentiles, y especialmente de su Rey Caunabo, que parecia inclinarse á hacerse cristiano, y obligado de la conducta de los españoles, le habia echado de su reino y á sus compañeros, tenia una bella disposicion para aprender las lenguas del país, con que estos dos padres escogidos con tanto acierto por

el Almirante, estudiaron la lengua cortesana y general de la isla y la supieron con brevedad, valiéndose de la enseñanza de aquel buen indio Juay Cabana, y estuvieron en el reino de Guarionex dos años, trabajando en la conversion de aquellas gentes, y particularmente nuestro Fr. Juan Borgoñon, el cual dió primicias de su enseñanza en la conversion del mismo cacique Guarionex, que al principio mostró buena voluntad, aprendiendo todas nuestras oraciones y doctrina, dándole buenas esperanzas de ser cristiano, haciendo que muchos de su casa supiesen la doctrina, y él cada mañana decia sus oraciones y mandaba que las dijese todos los de su familia; pero se enfadó despues, y dejó sus buenos propósitos por culpa de unos caciques principales, instigados del enemigo comun, que viéndole ya tan inclinado á bautizarse, movió sus ánimos para que ellos pervirtiesen su sana intencion. Le reprendieron diciéndole, que los cristianos eran perversos, y le tenian tomada su tierra por fuerza, por lo cual le aconsejaban que no abrazase su religion, sino que para desagraviar á sus dioses del abandono de sus ritos, y para mirar por sus leyes paternas, y remover la esclavitud que se le preparaba, convenia que se uniesen en defensa de su religion antigua, y libertad, y reflejase que todos ellos juntos podian fácilmente acabar con los

españoles, pues ya sabían eran mortales, y que estaban pocos; tanto pudieron estas representaciones sobre el ánimo de Guarionex, que desfalleció, y insensiblemente se borró de su corazón aquel afecto que había concebido al cristianismo; y viendo los padres Fr. Roman Pane, y Fr. Juan Borgoñon que ya no cuidaba aquel cacique de instruirse, y que olvidaba lo que le habían enseñado, resolvieron dejarle y irse adonde podían hacer más fruto, enseñando á los indios y amaestrándoles en las cosas de la santa fe, y así fueron á verse con otro cacique principal que les mostró muy buenos deseos de ser cristiano, que se llamaba Maviatue (*). A los dos días que salieron del reino de Guarionex, vinieron unos indios de parte de este cacique á la casa donde habían vivido estos santos padres, en cuya cercanía habían edificado una especie de santuario, donde habían dejado unas imágenes para que Juan Mateo, el primero que recibió el bautismo en la Española, su madre, hermanos y parientes y otros siete catecúmenos, rezasen delante de ellas y tuviesen consuelo: hurtáronselas los comisionados de Guarionex, las pisaron y enterraron en unos sembrados, diciendo por mofa: *ahora serán buenos y gran-*

(*) Véase la relación de Fr. Roman citada por D. Fernando Colon en su historia, cap. 61, pag. 62.

des tus frutos: pasando algún tiempo, la madre de Guarionex, que era una mujer perversa, arrancó algunas palmas de ají, que son como las batatas de nuestra España, comida de abasto común en las islas de Barlovento en la tierra firme de la América, donde contribuían al común sustento, y son raíces semejantes al nabo y rábano, que llaman hoy muniatos en las islas; y viendo que estas raíces tenían la figura de una cruz, se admiró y lo tuvo por un gran milagro, y dijo al capitán Ojeda, que era castellano de la fortaleza de la Concepción: « Dios ha hecho este milagro, y él sabe por qué » quien hizo cavar la tierra y halló las imágenes enterradas: descubiertos los autores de este sacrilegio, dió parte de ello al Adelantado, y á éste le pareció que debía hacer un ejemplo con estos impíos, y mandó que fuesen quemados vivos después de haberles sustanciado su proceso. Permitted Dios que estas raíces de ají tomaran la configuración de una cruz, cosa jamás vista en aquella tierra, por lo cual fué juzgado por milagro, para que estos isleños que enterraron las imágenes con tanto desprecio y gran satisfacción, creyendo que su delito estaría enteramente oculto, hiciesen atención á la veneración debida de las imágenes de nuestro culto; pero lo cierto es que los naturalistas no pasarán por este prodigio, pues como se

puede ver en sus observaciones dadas á varias academias científicas de la Europa, se ve todos los días en las plantas, principalmente en las raíces de la mandrágora y en varios zapotes de estos reinos de la Nueva España, extravagancias de la naturaleza que toman distintas configuraciones como santos Cristos y simulacros de la Virgen Santísima: uno de estos modelos, pero calificado con muchos milagros, justamente se venera en Jacovia bajo la advocacion de Nuestra Señora de la Raíz.

Eran estos indios de la Española tan sujetos á los caciques, que en mano de ellos estaba que los vasallos creyesen ó dejasen de creer lo que querian; motivo porque los primeros misioneros que entraron á misionar en la isla, entendidos en esta ciega obediencia de aquellos indios para con sus reyezuelos, procuraron ganar para la ley de Cristo á los principales. El primero que recibió el santo bautismo en la isla fué Juan Mateo, que se bautizó el día del Evangelista San Mateo, del año de mil cuatrocientos noventa y seis, y despues toda su casa, donde hubo muchos cristianos: abrazó tambien el cristianismo Ganaurariu, en cuya casa habia diez y siete personas que se bautizaron: más indios se hubieran conquistado á nuestra santa fe en aquellos principios, si no hubiera sido el objeto principal de nuestros españoles el conquistar la isla y sujetarla; y como eran pocos,

no podian atender á todo, y refrenar los caciques que se oponian á que aquellos pueblos se enseñasen en las cosas de nuestra católica religion: de parte de los indios habia muy buena disposicion para ser enseñados en nuestra santa ley, pero era tanto el respeto y servidumbre en que los tenian los caciques, que no podian ni sabian contradecirlos. Fr. Juan Borgoñon iba haciendo algun fruto en el reino de *Magua*, y con solo estar su Rey Caonabo indispuesto contra los españoles, no pudo hacer cosa, y fué desterrado él y sus compañeros de sus Estados: pasó despues al reino de Guarionex con Fr. Roman, y se hallaba en visperas de convertir á aquel Rey y á todos sus vasallos, cuando fraguó el comun enemigo la rebelion á persuasion de los principales señores de la isla, y sucedió el caso que acabamos de referir: no se podian tomar mejores medidas para el adelantamiento de la conversion, que comenzarla por la de los caciques, que habia de arrastrar, segun sus máximas, la de todos sus vasallos; pero como no reinaba todavía la tranquilidad en la isla, y algunos cristianos, por sus fines particulares, fomentaban la rebelion, no podian, por falta de sujecion, nuestros misioneros adelantar la propagacion del Evangelio. Asimismo por la falta de freno y enseñanza, se perdía lo que se ganaba con mucha fatiga, y la docilidad de estos indios

era tanta, que si se hubiera apoyado con el auxilio de más gente que hubiera contenido á los caciques, ya en estos pocos años se hubiera convertido gran parte de aquella infidelidad, como lo acreditaba la experiencia, y especialmente en un cacique principal, llamado Mahuviavire, el cual habia más de tres años que continuaba en la buena voluntad de querer ser cristiano, ofreciendo que no tendria más de una mujer, porque solian tener dos y tres, y los principales diez, quince y veinte: en este estado estaba la conversion, mal hallada en sus progresos por el estrépito de las armas, cuando llegaron mensajeros de parte de Behechio á D. Bartolomé Colon, avisándole que tenia pronto su tributo, y que cuando quisiese enviase un navío al puerto de Jaragua para trasportarlo: con este motivo despachó un correo á su hermano D. Diego, que mandaba en la Isabela, rogándole que enviase una carabela para la costa de Jaragua, y quiso ir en persona para recibir el primer homenaje que este reyezuelo tributaba á la Corona de Castilla. Fué recibido de Behechio y de su hermana con la misma urbanidad y con los mismos aparatos que la primera vez; y habiendo llegado poco despues la carabela, se cargó por orden de Behechio cantidad de cazabe y algodón, mucho más que lo estipulado. Convidó despues el Adelantado

al Rey y á su hermana para que vieran su navío, que era el primer vaso de la Europa que se veía sobre estas costas, y lo que les habian contado de estas maravillosas máquinas avivó su curiosidad. Estando á bordo registraron estos principes todos los rincones de aquella casa maritima con admiración, la que se acrecentó más á vista de las manobras que se mandaron ejecutar para divertirlos: atónitos de ver que tan gran máquina caminase sin remos atrás y adelante con un mismo viento, se les hizo una salva de artillería con que se espantaron grandemente, pero habiendo observado que D. Bartolomé y sus castellanos se reian, se sosegaron. Partió la carabela cargada de estos efectos para la Isabela, y el Adelantado se despidió del cacique y su hermana, y volvió por tierra á esa plaza.

Así se pasó el año de mil cuatrocientos noventa y seis, llevando D. Bartolomé mucha gloria, por haber fundado en pocos meses una gran ciudad, haber obligado á uno de los más poderosos soberanos de la isla á constituirse tributario de la Corona de Castilla, y haber tenido muy peligrosas consecuencias, si no las hubiera apagado desde sus principios. No le sucedió tan bien el año siguiente, á causa (como lo refieren varios autores desapasionados) de un poco de orgullo que pareció manifestar despues de estos felices sucesos, á que se añade que su estilo un poco áspero que no po-

dia suavizar en ocasiones, y su demasiada severidad en las cosas de su gobierno, contribuyeron bastante á atraerse á sí y á los suyos una cadena de desgracias, cuyo origen se irá tratando, que atrasaron completamente la fortuna de su familia. Es cierto á lo menos que estos fueron los pretextos de que se valieron los enemigos de los Colones para hacerlos odiosos al público, y para inspirar al Rey contra ellos la poca opinion y benevolencia que les manifestó, sin haberse desimpresionado perfectamente en órden á sus buenos servicios. La intencion de los Colones era recta, y miraban siempre al bien, y D. Bartolomé especialmente, no parecia tener otra pasion que la de la gloria, y siempre fué celoso al cumplimiento fiel de sus obligaciones; pero importa más de lo que piensan, querer el bien en todo aquello que es posible, y solicitarlo con el buen modo, precaviéndose mucho contra cierta dureza en que degenera fácilmente el celo acompañado del capricho ó de genio áspero; y tambien acordándose que cuando se halla revestida de la autoridad una persona que no es agradable (como acontece á un extranjero, ó á un hombre de nobleza nueva), debe ésta estudiarse mucho en agradar disminuyendo el efecto de su poder y suavizando su severidad. Se verá en la série de esta historia sensibilizada la verdad de esta reflexion.

CAPITULO IX.

REBELION DE ROLDAN Y SUS PROGRESOS: MOVIMIENTOS
DEL ADELANTADO DON BARTOLOMÉ
PARA SOSEGAR LA INQUIETUD DE ROLDAN.
AÑO DE 1497.

Antes de partir el Almirante para España habia hecho á un criado suyo, llamado Francisco Roldan, natural de la Torre Jimeno, alcalde mayor de la isla en ausencia suya, y cumplió muy bien este encargo por algun tiempo, siendo juez ordinario en la Isabela. Era hombre de pocas letras, pero muy vivo y de talento; de modo que, con muy poca experiencia en los negocios, le bastaba para administrar la justicia en un país donde no se entendia mucho de pleitos espinosos, por no haber hecho allí asiento la sutileza de los abogados. Por desgracia suya, y de toda la colonia, era